

**DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat**  
**18 de noviembre de 2012**  
**Dan 12, 1-3; Sal 15; Heb 10, 11-14. 18; Mc 13, 24-32**

El lenguaje figurado de los textos de hoy, hermanos, con sus imágenes concretas pero metafóricas, no pretenden ser un relato objetivo del futuro del mundo ni nos quiere desconectar de la realidad, es una lectura creyente del mundo y de la historia a partir de la fe en Jesucristo. En Él, en su misterio pascual, la forma del mundo del futuro ya se hace visible, y esta nueva fase de la historia de la salvación que se inicia con Él llegará a su tiempo final con su regreso glorioso.

**El concepto de tiempo final** nada dice sobre la duración temporal de la historia pero sí algo sobre su calidad: es la prehistoria del futuro marcado y fichado por el Padre. Del día y la hora nadie sabe nada; esta fecha nadie la conoce **fuera del Padre porque forma parte del misterio secreto de su providencia y de la oscuridad visible de la libertad humana**. Dice el Señor, tengo designios de paz y no de aflicción, como nos recordaba el canto de entrada, pero la libertad del hombre, su responsabilidad social y ecológica continuamente oscila entre el progreso y la degradación. Las imágenes de guerras y revueltas y los desequilibrios naturales causados por la irresponsabilidad humana están a la orden del día pero estos signos no señalan el final, en todo caso marcan un antes y un después en el pequeño o gran mundo en el que se dan, pero el final de la historia con mayúsculas será el retorno del Cristo que aparecerá glorioso ante los hombres como el sol en día radiante.

Al hablarnos del fin del mundo, el Señor nos habla de nuestra propio fin y lo hace desde la esperanza. En Él ha irrumpido la imagen referencial y decisiva de la esperanza en la historia de la humanidad. Y así como en el concepto fe entra el elemento existencial de configurarse a Él, más allá del puro tener por verdadero lo que se acepta, así también la esperanza significa, configuración al futuro ya iniciado en Él. Esta esperanza vive de experiencias positivas de justicia y de paz, de curación, de salvación y de vida, y la fe las interpreta como un comienzo de la consumación esperada.

**La venida del Hijo del hombre sobre las nubes del cielo lleva implícito el reconocimiento de Jesús como Señor**, ya que sólo Él, como canta el salmo 67, tiene las nubes por carroza. Su venida será la consumación de la nueva creación en la que, así como en la primera Dios puso el sol y la estelada para iluminar el mundo durante el día y durante la noche, ahora, los justos, que participan de la santidad de Dios, brillarán como el sol, y aquellos que han conducido por el buen camino a los demás brillarán como las estrellas para siempre. En la venida del Hijo del hombre san Marcos no nos habla de juicio final sino de la realidad definitiva, nos habla de la caducidad de un mundo marcado por la violencia y del futuro decisivo de los que obran en justicia.

Así pues, **vivir en la justicia y abrir caminos de paz forma parte, ya en el presente, de la misión de los elegidos, los discípulos del Reino**, será la realidad definitiva de aquellos que han seguido conscientemente la llamada de Dios o, ignorando sin culpa, siendo fieles a su propia conciencia, han vivido en la justicia y la búsqueda de la paz y del bien. Y eso une en una misma misión a todo el género humano.

Por eso la Iglesia anuncia este evangelio cada día hasta el fin del mundo, porque está convencida de su valor universal y eterno. Nadie que escuche sin prejuicios el evangelio puede considerarlo sin más papel mojado. Las palabras de Jesús no pasan

porque no están sujetas a la conveniencia de la moda ni a las leyes de la oferta y la demanda, pertenecen a lo más íntimo de todas las personas, son patrimonio espiritual de toda la humanidad.

**La certeza de la venida del Hijo del hombre suscita en los creyentes un coraje y un consuelo inestimables para su vida humana** a menudo probada, como la de todos, por la duda y el sufrimiento. ¿De dónde sacar coraje y esperanza para vivir esta tensión entre la nada y este anhelo incesante de sentido y de plenitud? Los fragmentos del salmo 15 que hemos cantado como responsorial nos indica dos aspectos a profundizar: El sentido de la presencia de Dios y la paz del corazón tal como los vivió Jesús.

**Hay que tender al sentido continuo de la presencia de Dios** como Padre en nuestra vida más allá de mecanicismos y rituales, oyéndole dentro de nosotros no como controlador sino como Cirineo, como Maestro interior y el amigo más íntimo que se puede tener. *Tengo siempre presente al Señor, con Él a mi derecha no vacilaré.*

**Es necesaria la humildad inteligente del corazón que sabe de su nada**, para poder encontrar serenidad y reposo en la promesa de Dios y en su fidelidad manifestada plenamente en Cristo resucitado. *No me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.* No en vano en este salmo los primeros cristianos vieron el anuncio profético de la riqueza espiritual de la vida de Jesús, de su fuerza en la pasión, de su confianza ante la muerte, de la alegría y la fiesta inefables de su resurrección. Aquí también los creyentes, como diría Santa Teresa, *podemos poner toda nuestra confianza, ahí radica nuestra seguridad, la prueba de nuestra verdad, la muestra de nuestra humilde firmeza.* (Del poema escrito por Santa Teresa de Jesús en la Profesión de Isabel de los Ángeles)

**Este camino que lleva a la vida, abierto por Jesús, es el que a lo largo de todo este año litúrgico que termina, San Marcos nos lo ha mostrado como camino de confianza y de libertad que se encamina a la alegría y la fiesta para siempre y, aunque esté mezclado con la incomprensión, la lucha y el sufrimiento se convierte, como el brotar de la higuera, en signo de vida nueva, señal que apunta al triunfo seguro para siempre.** Esta imagen de la higuera es genial como el Señor mismo. Jesús no ha asociado la señal de su regreso glorioso y de la consumación del Reino en otoño, que en cierto modo forma parte de la crudeza del invierno, sino a la viveza incipiente pero irrefrenable de la primavera. Las palabras del poeta lo dirán mejor que yo: Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera (Pablo Neruda (1904-1973)).